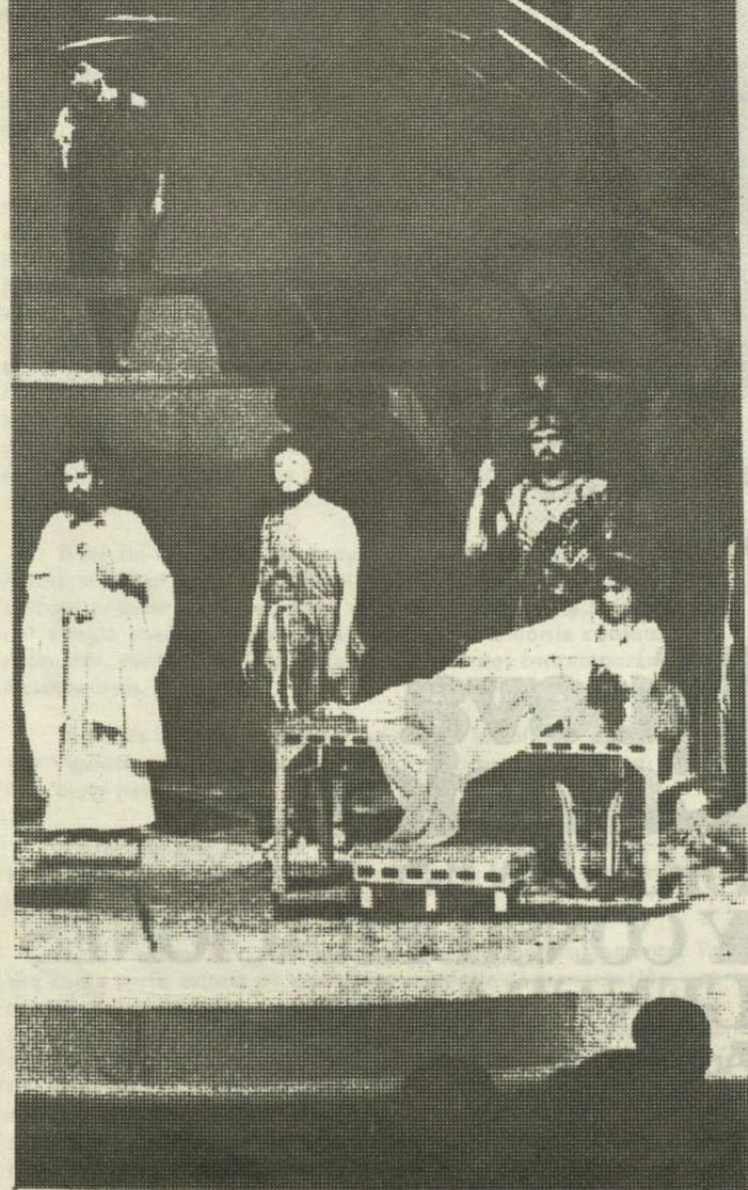


LA MUSICA EN LA ZORRA Y LAS UVAS

Diego Díaz



Una tía, por parte de mi padre, hizo una extensa colección de reproducciones de pintura "moderna", recortando numerosos libros y revistas durante muchos años. El cubismo, en particular, se había transformado en una obsesión para ella. Reunía los cuadros, los clasificaba con cuidado, los guardaba en grandes sobres amarillos —de papel manila, supongo— y, periódicamente, extraía su tesoro para compartirlo con parientes y amigas.

Yo presencié una vez el espectáculo en casa de mi abuela y no lo olvidaré nunca.

Olga —que así se llamaba— sacó "Las señoritas de Avignon" e inmediatamente comenzó a reírse con frenesí. Cuando finalmente pudo hablar, empezó a decir cosas horribles, en verdad inapropiadas para una señora que había recibido una buena educación. Al principio se trataba de opiniones generales, pero rápidamente su discurso se orientó hacia aspectos concretos, que afectaban la integridad moral del pintor y de todos aquellos que pudieran disfrutar de su obra.

Creo que eso era: la discrepancia estética, al romper violentamente sus valores, se transformaba en ofensa ética.

Quien piense que mi tía no existió, se equivoca. Vivió, crió sus hijos, envió, visitó puntualmente a mi abuela dos veces al mes y coleccionó con fruición aquello que más odiaba. No fue más que una versión exacerbada, patológica, de uno de los dramas del arte de nuestro siglo.

Al comenzar el siglo XX se rompen los diques que contienen el distanciamiento entre artista y público. Agotadas, real o aparentemente, las vías que se estaban transitando, los creadores de Occidente empiezan a buscar otras nuevas, llegando con rapidez a un "todo vale" que resulta útil porque el arte se desembaraza de ropajes muertos y, también porque en esa búsqueda desprejuiciada (o prejuiciada al revés) se van conquistando terrenos antes vedados. Su valor no oculta, sin embargo, el carácter decadente que recibe de la sociedad.

En la música, el primer gran acontecimiento de nuestra época es el abandono de la tonalidad por parte de algunas importantes corrientes. La música occidental siempre se había basado en sistemas que aceptaban, de una u otra manera, lo que nos dice la acústica sobre las relaciones entre los sonidos, introduciéndole algunas modificaciones impuestas por nuestra sensibilidad.

Estas relaciones eran una justificación interior del proceso musical. El encadenamiento de los sonidos se producía de acuerdo con normas de tensión y distensión comprensibles y válidas para todos los integrantes de nuestra cultura. Roto este principio, el desafío consiste en encontrar sustitutos, mientras la experimentación explora continuamente nuevos ámbitos: organización de sonidos cotidianos, de ruidos, de puros efectos, formas abiertas, empleo creciente de los recursos electrónicos, etc., etc.

En esta carrera desenfrenada, el público queda al margen, indiferente o disgustado. (Simultáneamente, con el desarrollo de los grandes medios de comunicación crece una música "popular" que ofrece facilidad a toda hora y por todas partes, "smog" sonoro que contamina el alma.) El auditorio de la música de élites, que siempre fue reducido, se hace más pequeño aún. La música, esta música, se convierte en un arte de iniciados.

Son poquísimos los capaces de seguir con interés una obra contemporánea desde la platea de un teatro; muchos más, en cambio, los que la aceptan con gusto cuando se relaciona con otras manifestaciones artísticas. Junto al cine, al teatro, a la danza, a la poesía, esta música se hace más "digerible". No es incluso necesario que se trate de un producto vanguardista. Aun siendo tradicional, despierta mayor interés interrelacionada que sola. Y no parece casual. En la historia, cuando la música ha visto cerradas las posibilidades de su desarrollo lineal, ha recurrido a distintos procedimientos para recuperar fecundidad: uno de ellos, la integración con otras artes.

Un pequeño germen de integración se encuentra en "La zorra y las uvas", de Guillermo Figueiredo, el actual montaje de la Compañía Nacional de Teatro, dirigido por Ana Lara. Hay en él, como en tantos casos, música "de fondo" y canciones, pero también algunas piezas corales. Se trata de un coro de esclavos, agregado por la directora, que interviene en la acción contando—cantando fábulas de Esopo, el protagonista de la obra.

La música, que es mía, no tiene nada de vanguardista ni de inaccesible. Al contrario: usa procedimientos tradicionalísimos mezclando melodías, generalmente de carácter popular, con recitativos, como en la ópera. ¿Qué hay aquí de original, entonces? Nada, me parece, salvo que es un tímido intento de hacer teatro cantado, creado por nosotros, sin pensar en modelos famosos.

Muchos me han hablado, en estos últimos días, de la relación con Brecht. No me propongo negarla, pero tampoco me interesa. Rechazo ponerle nombre a las cosas con actitud de entomólogo, porque eso hemos hecho siempre y así nos ha ido. Cincuenta años después traemos las "novedades", las repetimos fielmente y nos hacemos la ilusión de haber ingresado en la historia.

Estoy convencido de que debemos construir lo nuestro sin hacerle ascos a las influencias, pero sin estar pendientes de ellas. Desde hace muchos años soy consciente de ser humus, anónimo abono de futuros florecimientos. Desde hace muchos años quiero hacer mi contribución tratando de tener en cuenta, al mismo tiempo, la historia de la humanidad, a la gente que me rodea y a mí mismo. Ser contemporáneo aquí y para aquí.

La experiencia de "La zorra y las uvas", aunque quizá no se note, me ha permitido iniciar ese proceso. Es posible que, si todos hiciéramos lo mismo, evitaríamos la proliferación de tías locas, mortalmente ofendidas con el arte de su tiempo.